

DIUMENGE DE RAMS

Hacia la Victoria

Hosanna en les altures!

*Amb palmes resplendents,
ens postrem davant del Senyor
que arriba.*

*Anem tots a trobar-lo, amb
himnes i càntics, glorificant-lo
i dient-li:*

Beneït el Senyor!

(Antifona del dia)

El ram a casa

Aquest ram de llover que amb emoció has arborat com estendard de victòria, pensa que del Crist, sols coneix l'instant sublim d'una joia i que per ell, el món i el temps es deturaren en aquell precís moment que les gorjies s'exhaurien, aclamant el Fill de Déu, dessota les arcades de l'eterna Jerusalem.

Quan el posis al llindar de la teva porta, fes-ho pensant que Jesucrist hi ha d'entrar sempre amb el mateix aire real de conquesta, vencedor dels divendres de sang i de l'escòria i que el portal de la teva llar no ha d'ésser distint del portal del teu cor, perpetuant a través dels jorns l'esperit i la gràcia del Diumenge de Rams.

Dijous Sant

**Pregària
Collectiva
de la
Joventut**

**A les 10,30 de la nit,
a l'Església Parroquial**

Pascua Florida

Hoy comienza la Semana Santa. Durante estos días se desarrollará ante nuestros ojos, con emocionante dramatismo, el más grande acontecimiento de la Historia del mundo: la pasión y muerte del Redentor de la Humanidad.

La Semana Santa se abre con un sentimiento de alegría, la Iglesia celebra, en este domingo, el triunfo del Salvador. Al conmemorar la entrada del Mesías en Jerusalén, se aclama ya la victoria del Resucitado. En este II Domingo de Pasión o Domingo de Ramos, comienza la fiesta pascual y queda delineada en sus rasgos esenciales. Nuestros padres llamaron a este domingo, desde muy antiguo « Pascua florida ». Esta expresión tiene su origen en la Edad Media cuando estaba en uso el bendecir flores juntamente con las palmas y ramos. Se le ha dado también otra significación: la Pascua está en este día como en floración. Los frutos trotarán durante el triduo sacro.

En el Domingo de Ramos hizo el Salvador su triunfal entrada en Jerusalén. Vino desde el Monte de los Olivos. La Iglesia de Jerusalén conmemoraba con amoroso cariño, ya en el siglo IV, esta entrada de Cristo en la ciudad de David. Los cristianos se reunían en el Monte de los Olivos. Provistos allí de ramos y palmas tornaban procesionalmente a la Ciudad Santa cantando « ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ». La Iglesia de Roma copió de la de Jerusalén esta costumbre. El templo de San Silvestre representaba el Monte de los Olivos en donde se reunían los fieles y se proveían de ramos y palmas benditas. Al jubiloso canto del Hosanna se encaminaban a la Basílica de San Juan de Letrán, en donde se celebraba la Santa Misa.

Hacia la Jerusalén celeste

Substancialmente hoy hacemos lo mismo. Nos reunimos fuera del templo, para dar a la procesión su verdadera o sentido de desplazamiento, de marcha sagrada de un lugar a otro. El sacerdote, revestido con capa roja, bendice los ramos. Comienza la procesión. Alegres y cantando, rodeamos y acompañamos a nuestro Salvador, simbolizado en nuestro sacerdote que preside la procesión. En nuestras manos enarbolamos y agitamos las palmas honrando y confesando con ellas a Cristo Rey de los Mártires, al Luchador y al Triunfador Glorioso. La procesión es un símbolo de la marcha de la Iglesia peregrina y militante hacia la Jerusalén celeste. La entrada de la procesión en el templo, donde va a celebrarse el santo sacrificio, adquiere una significación grandiosa. El pueblo y el clero penetran en el templo detrás de la cruz. Se canta la siguiente antifona: « Al entrar el Señor en la Ciudad Santa, los hijos de los hebreos, anunciado la resurrección de la vida, le aclamaban agitando las palmas: ¡Hosanna en las alturas! »

No se trata pues de una simple conmemoración de la entrada de Jesús en la Jerusalén terrena, sino de un simbólico anuncio, al acercarnos al banquete eucarístico en que se va a repartir el pan de vida eterna de lo que en realidad tendrá cumplimiento al fin del mundo. La Cruz del Señor abrirá entonces la marcha a aquella « gran multitud de toda nación, tribu, pueblo, y lengua... vestidos de túnicas blancas y con palmas en sus manos. Clamaban con grande voz, diciendo: Salud a nuestro Dios, al que está sentado en el trono, y al Cordero. » (Apocalipsis, 7, 9-10)

El combate triunfal de Cristo

Ha terminado la procesión. La escena cambia ahora brusca, radicalmente. El sacerdote cambia su capa roja por ornamentos morados, y empieza la Misa. La nota característica de la misa del Domingo de Ramos es la lectura de la Pasión, según San Mateo, que nos recuerda los duros combates de Cristo para conseguir la Victoria. El contraste entre el triunfo real de la procesión y la austera gravedad de esta lectura evangélica es por sí mismo una hermosa lección. La dolorosa pasión de Cristo y su muerte en cruz fueron una lucha victoriosa. Comprendemos mejor, ahora, que el misterio pascual no es una simple sucesión de tristeza y alegría, un simple paso de la muerte a la vida. Se compone de la unión inseparable de estos dos aspectos, de los que uno es fundamento del otro. La vida triunfa por la muerte y en la muerte, la gloria de la resurrección no suprime la cruz, que es su camino.

La asamblea escucha el canto de la Pasión de pie, con tierno respeto y recogida emoción. Un corazón cristiano no puede oír sin profundo dolor esta narración que, a pesar de su perfecta serenidad, nos hace comprender hasta donde llevó el amor al Hijo de Dios.

Un símbolo de vida y victoria

Al salir de la iglesia, los fieles llevan consigo el ramo bendito, que recibieron para la procesión, que podrán conservar durante un año. Es un sacramental: la bendición que estos ramos, símbolo de los beneficios divinos, han recibido de la Iglesia en nombre de Dios, los convierte en un remedio contra el mal, en protección para el cuerpo y el alma; en cualquier parte a donde sean llevados constituirán una defensa contra las intrigas del demonio, y atraerán la ayuda del poder divino sobre los hijos de Dios.

Los colocamos en nuestras casas a los pies del Crucifijo, en la entrada de los campos, en nuestros cementerios, sobre la tumba de los que partieron antes que nosotros. No es un rito supersticioso ni una señal de duelo. Demos a estos verdes ramos la misma significación que les dió la liturgia en la procesión triunfal. Son un símbolo de vida y victoria, una gozosa afirmación de fe y esperanza: un día hemos de resucitar, como Cristo, para estar eternamente con El en la casa del Padre. — J. SAMPER